

CAÑ.—Cañaveral es apellido. Ya se lo dije a usted doscientas veces.

ROM.—Y yo no se lo niego; pero a mí me suena bien así, don Cañaveral, y como por el nombre no lo mienta nadie... ¡pues ya está! Y disimule, que ofensa no la hay.

ROS.—Vamos con lo tuyo. ¿Qué te pasa?

ROM.—No lo sé, ni puede que lo sepa el demonio... pero ellos es que no me tienen quieta en ninguna casa. Tres días, cuatro días, una semana... ¡y la cuenta y a la calle!

RAI.—¿Qué razón te dan?

ROM.—Ninguna. Que no les convengo. ¡Seis casas llevo en un mes! ¡Es para volverse una loca de la cabeza!

ROS.—¿Pero no te dicen algo?

ROM.—¡Nada! Que no convengo, nada más. Miren que yo soy honrada y decente y trabajadora...

ROS.—Sí, mujer, sí.

ROM.—Y de saber mi obligación de cocina, pruebas tienen ustedes. Y de sisar, como otra cualquiera.

DOC.—Lo que te corresponde.

ROM.—Eso es. La costumbre nada más. ¡Y a prudente no me gana otra! Cuatro años estuve

con la viuda del señor administrador de Contribuciones, aquel don Ricardo, que gloria tenga. Pues en los cuatro años, habiendo visita de caballero, no entré una vez en la sala sin toser antes un poco.

CAÑ.—No haría falta ninguna.

ROM.—Ninguna, no, señor. Es para contarles el caso de mi prudencia solamente. Y de sufrida y de callada, no es porque yo lo diga, pero no han de salir muchas como yo, que en la casa del señor coronel de la zona había siete muchachos y los siete me abrazaban.

ROS.—¿Los siete, Romualda?

ROM.—Y el señor coronel, ocho. Pues nunca fui con el chisme a la señora ni puse cara de enfados.

CAÑ.—Motivos le sobran y debió usted hacerlo.

ROM.—¡Bah, bah!... Si una fuera a reparar en esas pequeñeces no servía en ninguna casa. Y no llegando a la honradez de una, todo eso del abrazo que ellos dan y del empujón que yo les doy, viene a quedarse en una miaja de ejercicio, que dicen que es muy sano.

ROS.—Bueno, ¿qué quieres de nosotros?

ROM.—Que hagan el favor de otra tarjeta, pe-

ro no en blanco, sino poniéndole alguna línea de como me conocen y responden por mí.

ROS.—Con mucho gusto. ¿Quiere ponerla, Cañaverál?

ROM.—Quedaron ayer en avisarme, pero no avisaron... y tengo miedo.

CAÑ.—Venga conmigo.

ROM.—Perdonen, señoritos, la molestia... ¡pero hoy no comí, de la rabia que me come, que es un contra Dios el que una mujer decente y trabajadora se vea despreciada!

CAÑ.—Venga, Romualda.

ROM.—¡Ya voy, hombre! ¡No se ponga exigente! Y les digo a ustedes, como el Evangelio, que me andan por la cabeza unas ganas de barbaridades, que si no fuera mirando a lo que una tiene que perder, ya había estallado el cohete que llevo dentro.

DOC.—Eso, no. Un poco de paciencia, que todo se arreglará.

ROM.—Veremos lo que se arregla. ¡Ande, hombre, no sea pesado!

CAÑ.—¿Soy yo el pesado? No lo sabía.

ROM.—Pues ya lo sabe. Buenas tardes.

RAI.—Puesto que son conocidos tuyos, ¿por qué no les escribes tú?

ROS.—Yo les escribiré. Deje, Cañaverál, que ya voy yo.

ROM.—Dios se lo pagará, doña Rosario... y mucho se la prefiero de letra de usted, que este don Cañaverál las compone siempre con la máquina de escribir, y con la máquina no llega luego al corazón ninguna carta. Por su puño y por su mano pone usted: «Querido amigo, tengo muchísimo interés por la Romualda». Y el que recibe la carta se la figura a usted escribiéndola y muy interesada por la Romualda. Pero si se la figura a usted dándole con el dedo a la maquinilla... «Que...ri...do... a...mi...go..., ten...go...mu...chi...si...mo... in...te...rés...»—(Imitando el movimiento.)—¡Eso no es para un amigo, ni para un interés, ni para servir a la Romualda! ¡Escribámela, escribámela!

ROS.—Sí, mujer, sí, Vamos.

ROM.—Vamos. Buenas tardes, señorito.

(Mutis Rosario y Romualda.)

ESCENA V

RAIMUNDO, DOCTOR, CAÑAVERAL

DOC.—¿Qué le ocurre a esta pobre Romualda?

RAI.—No lo sé. Cualquiera hablilla de comadres.

DOC.—Pues se luce el barrio, que con chismes también traen en vilo a ese infeliz de don Deogracias.

CAÑ.—Él se lo busca.

RAI.—¿Y eso?

DOC.—Hasta ahora vivía en paz, ignorando—o sabiendo—que su mujer tiene un amigo.

CAÑ.—Sabiéndolo.

DOC.—Quizás; pero la verdad oficial es que lo ignoraba. Ahora ya no puede tener duda.

RAI.—¿Se lo han dicho? ¿Y qué alma dañada se ha complacido en tal vileza?

DOC.—Anónimos, que recibe todos los días, con detalles y explicaciones... y hasta creo que con grabados para aclarar el texto.

RAI.—Es una villanía introducirse alevosamente en el hogar ajeno...

CAÑ.—El procedimiento no lo aplaudo... pero era menester que terminara el escándalo.

RAI.—¿Qué escándalo, Cañaver! A mi casa no vienen: ¿Van a la de usted...? ¿Desde las ventanas ve usted algo incorrecto? ¿Por las calles o en los paseos demuestran en su actitud algo enojoso para los demás...?

CAÑ.—¡No, señor, no; nada de eso!

RAI.—¿Y entonces de qué se escandaliza usted...?

CAÑ.—De su conducta privada...

RAI.—Pues siendo privada le falta a usted razón, no digo yo para juzgarla, sino para conocerla tan siquiera, que la vida íntima de cada uno es una cuenta a liquidar únicamente con su conciencia aquí y con Dios allá, pero con nadie más, ni allá ni aquí. Y si me pidiera consejo le diría que despreciara esas calumnias.

CAÑ.—Le consta que son verdades.

RAI.—Pues que las desprecie también, que dentro de casa no hay más verdad que la que uno quiere saber, y ya es hora de que las puertas y los cerrojos, inventados contra los ladrones, sirvan alguna vez para protegernos contra los rateos de la paz y de la tranquilidad doméstica...

DOC.—Muy cuerdo sería... pero no lleva trazas de escucharle a usted... Al recibir la noticia, el pobre don Deogracias ha mugido de dolor... y ante la idea del ridículo le ha entrado una desesperación tan horrible que no se atreve ni a poner los pies fuera de casa.

RAI.—Pero el ridículo no es más que una preocupación, un nombre...

DOC.—Cuidado, cuidado, que a los nombres les tienen miedo muchos...

RAI.—Cierto, sí... pero esto aún es menos todavía, que para ser algo necesita que uno mismo le conceda estimación. Despreciado no es nada, absolutamente nada.

DOC.—Tiene usted razón... y sin embargo, no tiene usted razón ninguna.

CAÑ.—No hay quien se sobreponga a ese temor.

RAI.—Bien, pues continúe el fantasma de los miedos hasta que la Humanidad se convenza de que habiendo tantos peligros reales y efectivos es absurdo el añadirse voluntariamente la carga de los peligros imaginarios.

DOC.—Absurdo del todo, no. Eso de los trasgos, por ejemplo, y de las brujas, y del incubo y de la madre diablesa, es entretenidísimo. Asusta, pero gusta.

RAI.—Ya lo sé que gusta, ya. Las leyendas más hermosas se deben todas a que los hombres tuvieron miedo.

CAÑ.—Y seguirán teniéndolo.

RAI.—Probablemente.

CAÑ.—Seguro.

DOC.—¡Seguro! Apueste usted sin miedo a

que tendremos siempre mucho miedo... y muchísima razón para tenerlo.

ESCENA VI

DICHOS y GUTIÉRREZ

GUT.—Buenas, doctor. Muy buenas, Cañaveral. Disponga usted de mi palco, Raimundo.

RAI.—¿No va usted, Gutiérrez?

GUT.—¡Imposible! Tengo una conferencia telefónica con París, a las siete, y quiero pedir otra con Madrid.

DOC.—¿Cómo marcha la Bolsa?

GUT.—¡Subiendol ¡Es inverosímil ¡Pero antes de la liquidación del día primero ha de bajar, irremediablemente ha de bajar!

DOC.—¿Y si no baja?

GUT.—(Pausa.)—Si no baja... el día primero me pegaré un balazo en la sien.

DOC.—¡Eso nuncal

CAÑ.—¡Eso es inmorall

RAI.—Eso no es práctico, Gutiérrez. Perdiendo en un día, puede usted rehabilitarse en otro.

GUT.—No, Raimundo, no, yo soy un caballero y no paso por la vergüenza de no cumplir mis compromisos.

RAI.—No hay que sonrojarse porque un negocio salga mal, que nadie es infalible. Se paga y a luchar de nuevo.

GUT.—Se paga, se paga... ¿Y con qué se paga...? Aun vendiendo hasta la ropa que llevo puesta, no alcanza mi fortuna para la mitad ni para la tercera parte de la liquidación.

CAÑ.—En ese caso, la vergüenza no estará en la pérdida, sino en la jugada.

GUT.—¡En la jugada, no! Acertando, soy rico de un golpe.

DOC.—Y no acertando...

GUT.—El que da la vida, lo dió todo. Quedaré como lo que soy, un hombre de honor, y mi muerte consolará a los míos. ¡Pero ganaré! ¡Bajará la Bolsa! ¡No tiene más remedio que bajar!

DOC.—Lo celebraremos...

GUT.—Ya lo sé. Dispongan del palco. Y perdonen. Voy a telefonar...

(Mutis).

ESCENA VII

RAIMUNDO, DOCTOR, CAÑAVERAL

DOC.—Ha de estar pasando unos días de prueba. No se los deseé ni a mi mejor amigo.

RAI.—Vive como alocado...

DOC.—Y es curioso ver cómo entienden las gentes la dignidad y la honra. No en lo que hacen, sino en cómo les sale...

RAI.—Por los resultados.

DOC.—De momento, no sabemos si este hombre es un caballero o es un bandido.

RAI.—Hay que aguardar al final, a la liquidación. Sube la Bolsa, pierde, no paga... ¡Gutiérrez es un grandísimo estafador!... Baja la Bolsa, gana, triunfa... ¡Gutiérrez es un grandísimo financiero!

CAÑ.—Admirable teoría!

DOC.—Si usted sabe otra...

CAÑ.—¡No he de saber! Salgan bien o salgan mal, el que hace bien las cosas es honrado, y el que las hace deliberadamente mal, no lo es, aunque el éxito las corone.

DOC.—Entonces, para usted Gutiérrez...

CAÑ.—Despreciable, totalmente despreciable... ¿Y para usted?

DOC.—Yo no me permito el lujo de ir despreciando a todos los que pudieran merecerlo, para no quedarme sin amigos y sin visitas.

CAÑ.—Pues yo, sí, aunque me quede solo en el mundo.

RAI.—¿Cuándo querrá usted aprender una cosa muy sabida?... Que no hay buenos ni malos, así, en redondo y a rajatabla, sino circunstancias, ocasiones, en que los hombres proceden bien, y en ocasiones en que los hombres proceden mal... Si el día del juicio final nombran suplentes y lo eligen a usted para juzgar... ¡pocos pasaremos!...

CAÑ.—Muy pocos.

RAI.—O tal vez pasen muchos, pero muchos, Cañaveral; porque entonces le darían a usted facultades omniscientes... ¡y el que todo lo sabe, todo lo perdona, porque demasiado alcanza que el ser débil es ser hombre, y muchas maldades, todas quizás, no son más que eso, debilidades!...

CAÑ.—Puede ser... Pero con mi criterio de hoy, no sería.

RAI.—Peor para usted.

DOC.—Y para nosotros. Por si acaso, yo intrigaré cuanto pueda para que no le den esa suplencia...

ESCENA VIII

DICHOS: ANGÉLICA

ANG.—Felices, doctor.

DOC.—No quería marcharme sin saludarla.

ANG.—Muchas gracias.

DOC.—¿Y el ahijado?

ANG.—Ya está bien; pero no consintió que me fuera dejándolo despierto. ¡Parece mentira que un muchachote de nueve años, un zanganón ya, no se pueda dormir si no hay alguien a su lado!

DOC.—¿El coco?

ANG.—El coco. En cuanto apagan la luz o cierra los ojos, ya está viendo por los rincones aparecidos y duendes. *Marizápalos*, llevándose por los aires en la escoba a los niños rabiosos; *Tragaldabas*, acechando siempre a los traviesos en la sombra de los pasillos oscuros... y mil cuentos más por el estilo.

DOC.—Cuentos para nosotros, Angélica; para ellos, verdades de a puño, que les causan terrores infinitos, formándole después imaginaciones asustadizas y propensas a exagerar la intervención de lo sobrenatural.

RAI.—Y como si fueran todavía pocos los *Tragaldabas* y las *Marizápalos* que hemos de encontrar por la vida adelante, ahora hay un demonio más para la infancia. El demonio de la película sangrienta, que los aterroriza, y el de la película policiaca, que les enseña el encanto y la utilidad de ser grandes ladrones...

ANG.—Y tanto que les enseñan; como que ya no juegan a justicias y ladrones porque no hay chico que quiera ser justicia, para no desprestigiarse desde tan joven...

DOC.—Y luego pedimos que la autoridad sea muy respetada.

ANG.—¿A tí no te gustan los cuentos, tío Raimundo...?

RAI.—A mí ni siquiera me los contaron. En mi niñez, cuando otros tienen juguetes y caricias, yo necesitaba ganarme el pan, recibiendo poco pan y muchos golpes.

ANG.—¡Muchos golpes! ¡Ahora todas son caricias!—*(Canturreándole maternalmente, apoyada en el respaldo de la silla en que está Raimundo).*—«Duérmete, títo, que viene el coco, a comer a los títos que duermen poco...»

RAI.—Y cuando se reciben golpes de los hombres no vale la pena asustarse por las amenazas de un duende o de una bruja, que no ha llegado nunca a pegar a nadie...

DOC.—¿Es dura la existencia del minero, eh...?

RAI.—Dura es, pero yo no me puedo quejar. Medré pronto.

ANG.—Gastándose el jornal en libros y estudiando en vez de divertirse.

RAI.—Naturalmente. Y hasta conseguir lo que me propuse no cejé ni un día en el trabajo y en el estudio. Aun ahora, que ya no lo necesito por mi suerte, estoy al tanto de todo lo que se inventa o se perfecciona en minería. Si tuviera que volver a empezar no iría desprevenido.

DOC.—Ya es mérito el haber llegado a la fortuna desde la nada.

RAI.—Ninguno. Llegar, llega todo el que se lo propone. Unos tendrán que apretar menos y otros más las clavijas de su esfuerzo, pero todos llegan.

DOC.—Pero los comienzos, no siendo nadie, ni pariente de nadie...

RAI.—El parentesco es para una centena o para un millar de privilegiados...

ANG.—¿Te acuerdas del hijo de don Ignacio?

RAI.—Jamás lo olvido, aunque entonces me pareció solamente una burla...

DOC.—¿Qué fué?

RAI.—Nada...

ANG.—Cuéntalo.

RAI.—Cuéntalo tú si quieres.

ANG.—Allá va, para que no sea mal contado y muy rogado. *Pues señor...* cuando andaba el

tío Raimundo por las minas, hecho un negro, con la cara tiznada, la ropa en girones, el pelo sin peinar, la barba enmarañada...

RAI.—Entonces aún no tenía barba, ni asomo de ella.

ANG.—Lo siento, porque iba bien lo de la barba para la descripción del tipo del minero...

RAI.—Aún no cumpliera los catorce años. Calcule...

ANG.—Bueno. Pues una mañana bajó el Director a las minas con un muchachito que se le presentara pidiendo colocación y diciéndole que era el hijo de don Ignacio Zaldívar, un amigo o conocido del Director. Llegaron los dos a una galería en donde se hallaban trabajando varios mineros, entre ellos el tío Raimundo... sin barba. Una vez allí, el Director le dijo al muchachito: «La faena de estos hombres, a los que vas a unirte desde ahora, consiste en sacar carbón de esa veta. ¿Te has enterado?—Sí, señor... —Bien, pues dí: *Soy el hijo de don Ignacio...* El muchacho, un poco atortolado, lo dijo a media vez.—¡No, no, más fuerte!—Y todo lo fuerte que pudo, gritó el chiquillo: *¡Soy el hijo de don Ignacio!*...—Habrás visto—continuó el Director—que ni diciéndolo bajo ni diciéndolo fuerte ha

caído un solo grano de la piedra. ¡Al carbón no le importa que seas hijo de don Ignacio!... y como aquí lo que hace falta es sacar el mineral, coge un azadón y una pala, y ya que a esto te dedicas, desde hoy has de ser hijo de la pala y del azadón, y como trabajes de firme tú verás qué buenos padres tienes en tus manos...

DOC.—Moraleja: «En el trabajo, cada uno es hijo de sí mismo.» También sé yo algo de eso.

ANG.—Debe dar mucho gusto el poder decir: «No le debo nada a nadie, todo es mío.»

RAI.—Aún es más grato el decir: «Todo es para vosotros...»

ANG.—Esos son los buenos, los nobles, los generosos... los tíos Raimundos que pone Dios por estos mundos. ¡Salió verso...! Ustedes perdonen...

RAI.—Es adorable...

ANG.—Claro, porque acabo de alabarte.

ESCENA IX

DICHOS y JUANA

JUANA.—Señorita, en la sala está la señora viuda de Cifuentes y su hermana.

ANG.—(Aterrorizada en cómico).—¡Las tías!

UNIVERSIDAD NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO